

# La biblioteca que se encendía de noche

Bruna vivía frente a una biblioteca pequeña, con una puerta verde y dos ventanas redondas. Cada tarde, cuando volvía de la escuela, se detenía a mirar los libros expuestos en el escaparate. Había piratas, planetas lejanos, cocineros despistados y animales que sabían hablar.

Pero últimamente Bruna ya no entraba. En clase le habían pedido que leyera en voz alta y se había tropezado con tres palabras. Algunos compañeros se habían reído. Desde entonces, cuando abría un libro, las letras le parecían hormigas que corrían demasiado rápido.

Una noche, Bruna despertó porque una luz dorada entraba por la ventana. No venía de la luna. Venía de la biblioteca.

La puerta verde estaba abierta.

—Qué raro… —murmuró.

Se puso las zapatillas, cruzó la calle con su madre y ambas entraron. Dentro no había ningún bibliotecario. Sin embargo, los lomos de los libros brillaban como velas.

De repente, un volumen muy grueso cayó de un estante.

Plof!

Al abrirse, salió un ratón con gafas.

—¡Finalmente! —exclamó—. Eres la lectora que esperábamos.

—¿Yo? —dijo Bruna—. No leo muy bien.

—Eso ya veremos. Me llamo Puntet y esta noche tenemos un problema enorme.

El ratón la condujo hasta la sala de los cuentos. Todos los libros estaban abiertos, pero las páginas estaban en blanco.

—Las palabras han huido —explicó Puntet—. Se han escondido porque nadie las leía con calma. Si no vuelven antes del amanecer, los cuentos desaparecerán.

Bruna sintió un escalofrío. Un mundo sin cuentos le parecía un mundo sin ventanas.

—¿Cómo podemos encontrarlas?

—Escuchando —respondió el ratón.

Avanzaron entre los estantes. Bajo una mesa oyeron un murmullo:

—Bosque… hoja… musgo…

Bruna levantó el mantel. Tres palabras verdes temblaban en un rincón.

—No tengáis miedo —les dijo.

—La gente pasa demasiado deprisa por encima de nosotras —se quejó «musgo»—. Nadie se detiene a imaginarnos.

Bruna cerró los ojos.

—Cuando digo «musgo», imagino una alfombra fresca bajo los pies. Cuando digo «hoja», oigo el viento. Y cuando digo «bosque», veo un camino que aún no sé adónde lleva.

Las tres palabras sonrieron y volvieron volando a su libro.

En el pasillo de poesía encontraron «mariposa» atrapada en una telaraña. En la sección de ciencia, galaxia se había escondido dentro de un globo terráqueo. En la cocina, «chocolate» dejaba huellas marrones por doquier.

Bruna las pronunciaba poco a poco. Algunas eran largas. Otras tenían sonidos difíciles. Cuando se equivocaba, Puntet no se reía. Esperaba.

—Las palabras no tienen prisa —le recordaba—. Puedes empezar de nuevo.

Faltaba poco para el amanecer cuando sólo quedaba una palabra perdida. Era la más importante de todas.

La buscaron en los cajones, detrás de los mapas y debajo de las almohadas. Finalmente, Bruna vio una lucecita escondida dentro del libro que ella había intentado leer en clase.

La palabra era «coraje».

—¿Por qué te has escondido? —preguntó la niña.

—Porque pensabas que no tenías —respondió la palabra.

Bruna la miró. Tenía muchas letras y una «j» que parecía de pie como una farola.

—Co-ra-je —leyó, separando las sílabas.

La palabra brilló.

—Otra vez —pidió Puntet.

—Coraje.

—Y algo más fuerte.

—¡Coraje!

Todos los libros de la biblioteca se iluminaron al mismo tiempo. Las palabras regresaron a las páginas y los cuentos reanudaron su aliento.

Antes de marcharse, Puntet regaló a Bruna un marcapáginas dorado.

—No sirve para marcar hasta dónde has llegado —le explicó—. Sirve para recordar que siempre puedes continuar.

Al día siguiente, en clase, la maestra volvió a pedir una lectura en voz alta. Bruna notó cosquillas en la barriga. Abrió el libro y vio el punto dorado.

Empezó a leer. En una palabra difícil se detuvo, respiró y lo intentó de nuevo.

Nadie se rió. Y si alguien lo hubiera hecho, ella habría continuado igualmente.

Porque Bruna ya sabía que leer no era correr. Era abrir una puerta, entrar con calma y dejar que cada palabra encendiera su luz.